

En blanco y negro. Otras miradas académicas

Exposición en Cajasol, Córdoba, 18 de febrero de 2020

Señora delegada de Cajasol. Señoras y señores:

Me complace estar hoy aquí junto a ustedes para dar comienzo a la Exposición “En blanco y negro: Otras miradas académicas”, organizada por la Fundación Cajasol y la Real Academia Española. Debo añadir que estar en Córdoba es, para mí, un placer y un acontecimiento entrañable porque no en vano una parte de mis investigaciones literarias han girado en torno a Góngora. Un cordobés señero, que trajo a la literatura española una voz renovadora para asombro de propios y extraños. Don Luis tuvo un sinfín de seguidores por toda la península, incluido Portugal, y las *Soledades* y el *Polifemo* cruzaron el Atlántico para brillar en la otra orilla con destellos propios. Su lengua poética, sus imágenes asombraron a los poetas, prosistas y dramaturgos de su tiempo, a salvo de sus enemigos, que, como Lope o Quevedo, lo censuraron y trataron de superar su estilo desde la ladera de los conceptos.

Hablamos de la modernidad de un poeta que fue paradigma del simbolismo en Francia a principios del siglo pasado, alabado por Lorca y los de la Generación del 27, maestro de Gimferrer y los novísimos, y siempre presente en las letras de Hispanoamérica, desde Rubén Darío y Octavio Paz a la prosa de Gabriel García Márquez. Espero que no resulte gratuito invocar su nombre en una tierra tan evocadora de la imagen como la andaluza, y que ha dado tantos poetas a lo largo de su historia.

Baltasar Gracián, que también siguió la senda gongorina en su magna obra *El Criticón*, decía que “todo pasa en imagen y aún en imaginación en esta vida”, estableciendo así un punto de encuentro entre el Barroco y lo que hoy entendemos por posmodernidad, donde las imágenes se han hecho dueñas de nuestras vidas.

En ese amplísimo arco artístico y literario, las imágenes siempre han sido la punta de lanza del lenguaje, tanto en la literatura como en las artes plásticas.

Ya hablemos de Velázquez o de Picasso, de Soto de Rojas o de Gustavo Adolfo Bécquer.

La fotografía fue, como todos ustedes saben, un arte nuevo, nacido en el siglo XIX y consistente en una técnica basada en la acción de la luz. El proceso de proyectar imágenes y capturarlas por medio de una cámara tiene mucho que ver con su etimología griega y latina, pues proviene de *phos*, luz, y de *graf*, dibujar. Se trata, por tanto, de escribir, de grabar con la luz.

Desde Leonardo da Vinci, la historia muestra numerosos precedentes de la fotografía hasta llegar a la década de 1820, cuando empieza a experimentarse con el heliograbado y con los componentes de plata y tiza, que desarrollarían el daguerrotipo. Toda una historia de procedimientos químicos y técnicas que han ido evolucionando hasta nuestros días con la aparición de la fotografía digital, pasando por la fotografía en color.

Decían los clásicos que la pintura es poesía muda mientras que la poesía es pintura que habla. Y a esta última definición parece añadirse la invención de la fotografía, que nos ofrece un nuevo lenguaje más allá de lo pictórico, una nueva manera de interpretar la realidad a través de imágenes fijas y mudas que son memoria, pero también silencio: *muta poesis*.

Al principio, al igual que ocurrió con el cine respecto al teatro, la fotografía imitó a la pintura. Así lo ha mostrado una reciente exposición del pasado octubre, en el Museo Thyssen sobre “Los impresionistas y la fotografía”, pero poco a poco la fotografía se fue independizando como arte propio.

En esa exposición, se probaba la estrecha relación entre los fotógrafos Le Gray, Nadar o Disderi, que inspiraron a pintores como Manet, Degas y los impresionistas en las imágenes y en la técnica. Unos y otros buscaron tanto la exploración visual de lo espontáneo como su ambigüedad. El fotógrafo Félix Nadar fue precisamente amigo de Charles Beaudalaire, que tanto se dejó llevar, como ha señalado Mariana de Cabo, por el ojo-cámara del poeta en *Le “Spleen” de Paris*. Su obra *Las flores del mal* es un claro ejemplo de esa *concupiscentia oculorum* a la que tanto ha sucumbido el hombre moderno. Sobre todo, con la afloración actual de cámaras digitales que repiten al segundo los actos más triviales y los exponen por miles ante los ojos de los demás. Todos somos víctimas de semejante hallazgo.

Esta exposición se titula “En blanco y negro” porque así eran las fotografías en sus inicios, aunque a veces se colorearan. Y es así, negro sobre blanco, al igual que ocurre con la escritura, como se realizaron las fotografías que vamos a ver, buscando la sensibilidad y la intensidad de la luz. Teófilo

Gautier, que viajó por España con una cámara de daguerrotipos, pensaba que la fotografía tenía algo de sobrenatural.

El *Diccionario de la Lengua Española*, publicado por la Real Academia Española y por la ASALE, define así la palabra *fotografía*: “Procedimiento o técnica que permite obtener imágenes fijas de la realidad mediante la acción de la luz sobre una superficie sensible o sobre un sensor”.

Los retratos de esta exposición (más posados que robados, como ahora se dice en las revistas del corazón), además de las fotografías de interiores y exteriores, de edificios o paisajes, son una pequeña muestra de la relación entre fotografía, arte y literatura. No en vano la fotografía ha seguido las tendencias naturalistas, realistas, simbolistas, modernistas, impresionistas, vanguardistas o abstractas, a tenor de los tiempos.

La relación de la fotografía con la literatura ha sido muy estrecha y también con la Academia, que guarda una magnífica colección de ellas. Como dijo uno de sus directores, Dámaso Alonso, especialista en Góngora, el paso del tiempo por la fotografía es tan demoledor a veces como el de los días. Así lo expresó en los versos que dicen: “Se pondrá el tiempo amarillo/ sobre mi fotografía”; un sintagma que luego retomó, por cierto, otro académico, Fernando Fernán Gómez, en su obra *El tiempo amarillo*, llevada al cine.

Los críticos han visto hasta qué punto no se puede entender una buena parte de la literatura desde el siglo XIX a nuestros días sin la fotografía, recordando cuanto esta significó para Unamuno, Galdós, Baroja, Gómez de la Serna, Arturo Barea, Julio Cortázar o Juan Carlos Onetti, entre otros muchos escritores de hoy.

De la fotografía se han nutrido también otros académicos actuales en sus relatos. Pienso en José María Merino, en Antonio Muñoz Molina o en Luis Mateo Díez, entre otros, sin olvidar a los cineastas y novelistas José Luis Borau y Manuel Gutiérrez Aragón. El discurso de entrada en la Real Academia Española de Luis Goytisolo se tituló precisamente *El impacto de la imagen en la narrativa española contemporánea*. Lleva fecha de 1995 y tuvo su respuesta en las palabras de Francisco Ayala, que consideró a Luis Goytisolo como “hombre de ideas”. Este partió de *La Regenta* de Clarín, tratando de mostrar como, por las fechas de su aparición, el dibujo y el grabado habían sido sustituidos en los periódicos y las revistas por la fotografía, cambiando obviamente la perspectiva sobre lo que se contaba. También habló Goytisolo de las fotos animadas y articuladas en secuencias que configuran el cine, y de todo cuanto ambos, literatura y cine, habían influido en la forma de representar o contar la realidad.

Les invito a que lean ese discurso de Goytisolo y a que reflexionen sobre su última frase: “Si hay imágenes que valen por mil palabras, hay páginas, hay frases, hay palabras, que valen por un millón de imágenes”. Porque espero que, quienes vean esta exposición se animen luego a leer o volver a leer a los autores que aparecen en ella.

En la fotografía se inspiraron Flaubert, Marcel Proust y Thomas Mann. Y en ella se inspiró Unamuno al escribir *En torno al casticismo*, al igual que Pio Baroja en *Medium*, mostrando cómo la ciencia y la consciencia del psicoanálisis freudiano se daban con ella la mano. Antonio Ansón lo ha estudiado al detalle, recordando la importancia de la fotografía en *La invención de Morel*, de Bioy Casares, que la engarzó con el misterio de la cueva platónica, planteando el juego entre realidad y ficción. Porque tal vez sea en esa cueva, recordada por Saramago en *La caverna*, donde resida el precedente mayor de ese juego de cámara oscura que producen las imágenes fotográficas.

También María Teresa León utilizó el recurso fotográfico en muchas de sus obras, pero fue Ramón Gómez de la Serna quien desarrolló a través de la fotografía todo el caudal de la memoria en su obra *El rastro*, donde dio señales de la mediocridad del ser humano y del limbo en el que terminan los retratados. Aparte habría que recordar los álbumes de familia, donde los muertos recuperan una fugaz sensación de vida, como ocurre en la obra de Ramón *Automoribundia*.

De ese invento romántico que fue la fotografía, habla esta exposición, que ha visitado una buena parte de nuestra geografía desde la que se realizó en Madrid, en 2014-5, organizada por la Acción Cultural Española, con motivo del Tricentenario de la Real Academia Española, siendo su director José Manuel Blecuá. Con el título *El rostro de las letras. Escritores y fotógrafos en España desde el Romanticismo hasta la Generación de 1914*, contó con la publicación de un magnífico catálogo ilustrado. Recorrer sus páginas, como recorrer hoy esta exposición, es dar un paseo por la literatura a través de sus nombres más representativos y de los lugares por los que pasaron o vivieron sus escritores y críticos más notables.

La colección debe su razón de ser al empeño originario de Publio López Mondéjar, que fue recogiendo fotografías de colecciones particulares e institucionales, como la Real Academia Española, y que publicó el mencionado *Catálogo*. Para ello, se sirvió de postales, fototipos y huecogramados, así como de periódicos y revistas de los siglos XIX y XX en

los que la imagen fotográfica ha ido acompañando a las letras hasta nuestros días.

En la ciudad homónima de Córdoba, en Argentina, se presentó, con algunas variantes respecto a esta, la exposición *El rostro de las letras*, del 22 de marzo al 2 de junio de 2019, con motivo del VIII Congreso Internacional de la Lengua Española, y hace apenas unos meses que esta *exposición En blanco y negro* se vio en Sevilla, con motivo del XVI Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE), al que tanto apoyo prestó Cajasol. Cuando volvieron de Sevilla, los representantes de las 23 academias de la ASALE tuvieron la suerte de poder visitar esta ciudad de Córdoba, donde fueron agasajados por sus autoridades.

También desearía recordar que, la semana pasada, el presidente de la Fundación Cajasol, don Antonio Pulido, visitó la Real Academia Española, guiado por su actual director, el cordobés don Santiago Muñoz Machado, ahora en visita oficial por las Academias de Centroamérica. Ambos firmaron un Convenio en el que se ratifica el apoyo de Cajasol a nuestros empeños lingüísticos y culturales, que tienen como norte el fomento de la unidad y el correcto uso de la lengua española.

El patrimonio fotográfico de la Real Academia Española se abre así a la consideración de todos ustedes, pero sobre todo al gusto de mirar y ver, de disfrutar de un pasado que se hace instancia presente gracias a ese momento en el que fue captado un rostro, una figura, un ademán, un monumento, un interior, una calle. A través de la exposición *En blanco y negro*, podrán retrotraerse a la primera sede de la Real Academia Española, en la calle madrileña de Valverde, donde ahora está la Academia de Ciencias, o ver el nacimiento de la actual, en la calle de Felipe IV, con su amplísimo salón de actos.

La muestra ofrece además la oportunidad de ver a los académicos en escenas privadas, ya sea leyendo un discurso ante unos amigos, en una foto de familia o dando un paseo solitario por una calle o por el Retiro madrileño. Otras fotografías sin embargo remiten a momentos históricos, como es el caso de las dos que reflejan el haz y el envés de un Antonio Machado, pletórico de vida junto a una periodista, y otro Machado reducido a la mínima expresión física, vísperas de su muerte en Colliure.

En ese paseo, podrán contemplar a Unamuno leyendo en la cama, tal y como nuestro académico José Luis Gómez lo ha recreado en el teatro y en el cine actualmente, o a Galdós posando para un escultor. Verán a Juan Valera, y al marqués de Molins, al duque de Rivas, a Baroja, a Ramón Menéndez Pidal,

a Pedro Laín Entralgo, a Carmen Conde y a Ana María Matute, entre otros muchos.

Ante sus ojos, se despliega toda una galería de rostros y de lugares fijados en el espacio y en el tiempo por casi una treinta de fotógrafos de primera fila (Alfonso, Franzen, Juliá, Muller, Santos Yubero...) que los rescataron para siempre. Porque la fotografía trata de eternizar el instante y trascenderlo. Y esas fotografías de la presente muestra han conseguido, en definitiva, immortalizar a los personajes retratados, rescatando su memoria para hacerla presente. Y también a sus fotógrafos, que fueron capaces de perpetuar artísticamente su fama.

Disfruten de la exposición y, como quería Josep Pla, fíjense sobre todo en los detalles.

Muchas gracias a todos.

Aurora Egido

(Secretaria de la Real Academia Española)